

VIDA ANTES DE LA MUERTE

La dignidad no es un adorno doctrinal ni una palabra amable para los discursos. Es el punto de partida de una fe que se juega en la historia, en las mesas compartidas y en los cuerpos heridos. No basta con esperar la vida después de la muerte. La urgencia hoy es asegurar la vida antes de que la guerra, el hambre o el miedo la destruyan.



HACE años se hizo conocida una pregunta, al parecer vista en una pintada, que decía: «¿Hay vida antes de la muerte?». La frase fue recordada muchas veces y quizá por eso quedó situada en un terreno entre la provocación, la divulgación y la sabiduría de calle. Desde una mirada de fe, además de ser una ocurrencia brillante, es una pregunta radicalmente evangélica.

En un tiempo como el actual, marcado por guerras abiertas, amenazas cruzadas, rearme, polarización política, degradación cultural del adversario y una especie de cansancio moral colectivo, la pregunta no es irrelevante. Podemos seguir hablando de futuro, de progreso, de seguridad, de identidad, de crecimiento o incluso de esperanza. Pero conviene preguntarse si todo eso está

generando más vida o está administrando de manera más sofisticada muchas formas de muerte.

La Doctrina Social de la Iglesia no puede quedarse al margen de esta pregunta. Si algo ha repetido durante décadas es que la dignidad de la persona humana no es un adorno doctrinal ni una palabra amable para los discursos. Es el punto de partida. Y si lo es, entonces hay que decir con claridad que allí donde una persona no puede comer, trabajar con dignidad, vivir sin miedo, cuidar y ser cuidada, participar, descansar, migrar sin ser tratada como amenaza, envejecer sin quedar apartada o disentir sin ser destruida, la vida está siendo herida antes de la muerte.

No se trata de negar la esperanza cristiana en la vida eterna. Sería absurdo hacerlo desde la fe. Se trata, más

bien, de impedir que esa esperanza se convierta en una excusa espiritual para mirar hacia otro lado. El Dios de Jesús no espera al final de los tiempos para ponerse del lado de la vida. Lo hace en la historia, en los cuerpos concretos, en las mesas compartidas, en los enfermos tocados, en las mujeres escuchadas, en los pobres levantados, en las excluidas devueltas a la comunidad.

Por eso la pregunta por la vida antes de la muerte es también una pregunta política, económica y cultural. Política, porque el bien común exige instituciones capaces de proteger a todas las personas y no solo de gestionar intereses enfrentados. Económica, porque el destino universal de los bienes impide aceptar como normal que haya vidas sobrantes mientras se acumulan recursos, poder y privilegios. Cultural, porque una sociedad que se acostumbra a humillar, descartar o deshumanizar a la otra persona pierde inteligencia moral y acaba rompiendo sus propios vínculos.

Allí donde una persona no puede comer, trabajar con dignidad o vivir sin miedo, la vida está siendo herida antes de la muerte.

Hoy, cuando vuelve a hablarse de guerra con demasiada facilidad y de paz con demasiada retórica, la Iglesia tiene que preguntarse qué palabra propia puede aportar. No una palabra ingenua, ni neutral, ni meramente piadosa. Una palabra que recuerde que la paz no es solo ausencia de bombas sino presencia de justicia. Que la seguridad no puede construirse únicamente sobre el miedo. Que ninguna victoria merece ese nombre si deja tras de sí pueblos destruidos, infancia rota, hambre, odio heredado y humanidad disminuida.

Asegurar que haya vida antes de la muerte significa hacer real la dignidad. Significa que la caridad no se reduzca a alivio de urgencias, aunque las urgencias haya que atenderlas, sino que se atreva también a tocar estructuras, decisiones, presupuestos, prioridades y estilos de vida. Significa que la esperanza cristiana no sea una emoción religiosa, sino una responsabilidad histórica.

Quizá por eso aquella pintada sigue teniendo fuerza. Porque nos obliga a bajar de las grandes palabras a las condiciones concretas de la existencia. Y porque, desde el Evangelio, no basta con preguntarnos si habrá vida después de la muerte. Hay que preguntarse, con la misma seriedad y mucha más urgencia, qué estamos haciendo para que haya vida antes de que tantas personas mueran antes de tiempo.

EDUARDO ESCOBÉS |

TU EXPERIENCIA DIARIA CON DIOS



REZANDOVOY

**PORQUE
REZAR CADA DÍA
ES CRECER POR DENTRO**

www.rezandovoy.org

